

154

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

DIRECTOR Y REDACTOR, —CARLOS GAGINI.

ADMINISTRADOR

Marcelino Arguello.

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

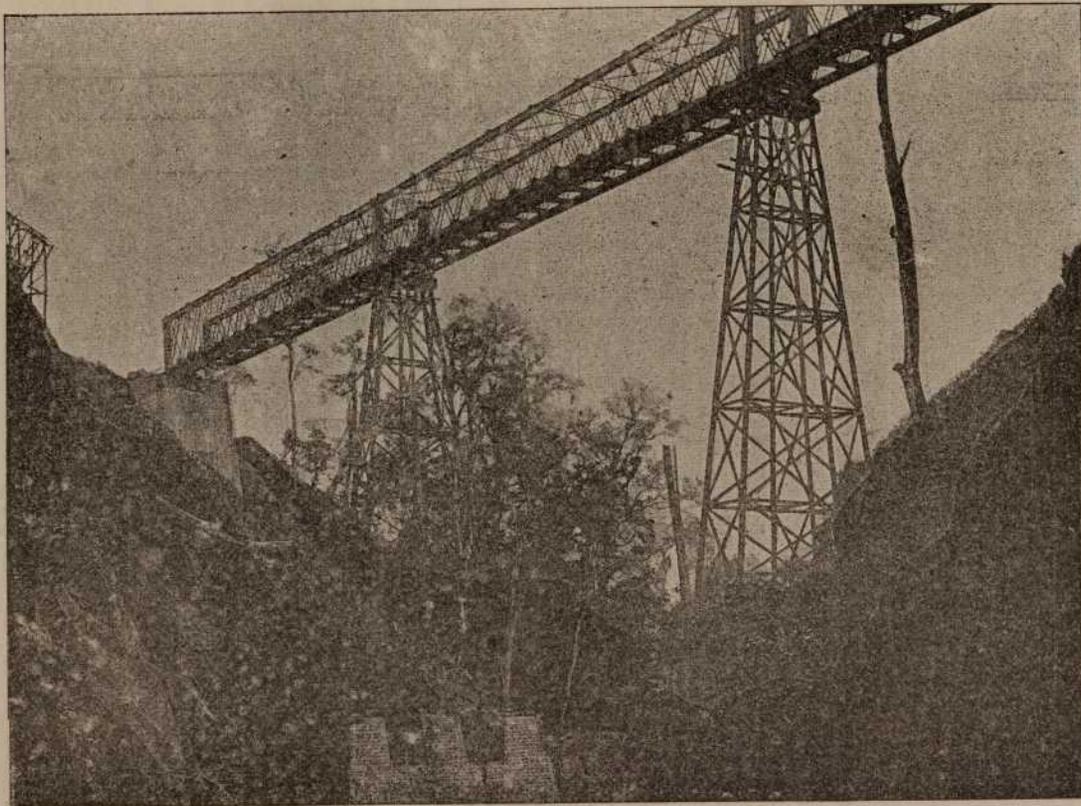
EPOCA 2ª Año 1º Nº 36.

San José, 30 de Octubre de 1891.

Redacción y Admón.

4ª AVENIDA, NUMERO 123 E.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.



Puente de Birris (línea del Atlántico.)

(DE FOTOGRAFÍA DE LOS SEÑORES RUD & PAYNTER.)

SUMARIO.

EL PUENTE DE BIRRIS (grabado.) DE MADRID. EL GUARDAPELO, por Amer. EL GENERAL ELOY AEFARO. POESIA, por Gavidia. POESIA, por C. A. Imendia. EL HOMBRE DE LOS SESOS DE ORO, por A. Daudet. EL INSTITUTO DE ALAJUELA (grabado.) EL CAPITAN NESCO (traducción). POESIA, por F. F. Aycinena. BIBLIOGRAFIA. CARTA DE PARIS. POESIAS. NOTAS.

Madrid, 30 de Agosto de 1891.

Sr. Redactor:

TRES son los principales acontecimientos literarios que en los últimos meses han conmovido la villa del oso y del madroño.

El primero es una novela titulada *Pequeñeces*, salida de la pluma de un jesuita, el P. Coloma, conocido apenas por sus cuentos recreativo-morales, entre los que se distingue particularmente la *Gorriona*.

El éxito alcanzado por el último libro del padre Coloma ha sido tan ruidoso, que en pocos días se han hecho de la obra varias ediciones, agotadas antes de llegar á la librería, se ha traducido en Londres, en París y en otras partes, y la prensa la comenta sin descanso, contribuyendo con ataques y defensas á su celebridad. ¿Que viene á ser pues, dicho libro? ¿por qué produce en el público una efervescencia que nunca han producido las obras de Galdós, Pereda ó la Pardo Bazán?

La celebridad conquistada por *Pequeñeces* no es nada envidiable: es el alboroto del escándalo, el rebullicio ensordecedor del pueblo cuando ve en la picota las ejecutorias de nobleza, cuando ve con vengativa satisfacción la honra de las damas encopetadas expuesta á la vergüenza y arrastradas por el lodo las diademas de brillantes. *Pequeñeces* es el trasunto de la alta sociedad madrileña con sus vicios y deformidades, una pintura cruda de los secretos é interioridades de la aristocracia corrompida; y según decires, el autor no ha inventado sus principales personajes, sino que los ha copiado de modelos reales, de tipos conocidos. De aquí la popularidad alcanzada por la novela del P. Coloma.

En opinión de algunos críticos, el estilo de ésta es desaliñado en general, si bien á trechos se muestra vigoroso, suelto y lleno de gracia, sin que por eso llegue nunca á la perfección del de Valera, Galdós ú otro cualquiera de los eximios prosistas que honran hoy á España.

En cuanto al naturalismo de *Pequeñeces*, hay algunas escenas que nada tienen que envidiar á las más crudas de las obras de Zola.

El segundo acontecimiento de que hablé á usted al principio de esta carta es una obra nueva de Benito Pérez Galdós. Desde que el autor de *Gloria* es llamado Galdós á secas y familiarmente en todos los países que hablan el idioma castellano, cada obra suya es esperada con ansiedad, con la impaciencia y emoción con que se aguarda la llegada de un viejo amigo que sólo muy de tarde en tarde nos visitase. *Angel Guerra* se llama la novela, publicada en tres tomos. ¿Que podría yo decir á usted acerca de la última producción del primer novelista español, que no lo hayan dicho ya con más extensión y acierto nuestros primeros críticos? Pérez Galdós va acercándose cada día á la perfección artística que inmortaliza al autor y convierte la obra en modelo imperecedero: sus personajes no son meros esbozos que en breve se desvanecen, sino caracteres completos, pinturas lle-

nas de verdad, seres vivos que quedan fotografiados en la mente del lector y no se desdibujan nunca. Por lo que toca al lenguaje, los últimos libros de Pérez Galdós son verdaderas maravillas.

El antiguo y riquísimo idioma de Castilla, tan decaído desde el siglo último, parece que ha renacido con la nueva regeneración literaria y surge rejuvenecido y brillante de las manos de esos artífices maravillosos que se llaman Valera, Núñez de Arce, Galdós, Alarcón, Emilio Pardo Bazán, Pereda, etc.

Abundancia, novedad, precisión y colorido en las voces, elegante torneadura en los frases, sobriedad y animación en los períodos, todo eso y mucho más hallarán en *Angel Guerra* todos los amantes de nuestra rica lengua y los aficionados al bien decir.

El tercer acontecimiento que anuncié al comenzar esta carta, es de muy distinta naturaleza que los dos anteriores. Se trata de una gran desgracia, de una pérdida irreparable, para las letras españolas, de la muerte de D. Pedro Antonio de Alarcón.

Alarcón nació en Guardix, provincia de Granada, el 10 de Marzo de 1833. A los veinte años se dedicó de lleno á las letras y trabajó, incansablemente en la prensa política. Pocos años después dió al teatro su drama "El hijo Pródigo," que fué tan acerbamente censurado, que el poeta novel no permitió que se representara ni volvió á escribir piezas dramáticas.

Alarcón asistió en calidad de voluntario á la guerra de Africa, y allí escribió el famoso "Diario de un testigo de la guerra de Africa" que le valió buena parte de la celebridad de que hoy goza en España. Entre las obras que más tarde dió á la estampa, ocupan lugar eminente en las letras hispanas *El Escándalo*, *El Sombrero de tres Picos*, *El Capitán Veneno*, *El niño de la Bola*, etc., etc.

También son muy conocidos varios de sus artículos sueltos y poesías. Alarcón tenía muchos enemigos políticos y literarios; pero hoy que la tumba ha acallado las pasiones, todos los españoles nos unimos para deplorar tan sensible pérdida y hacer justicia á uno de nuestras más brillantes glorias literarias.

En mi próxima carta, señor Redactor, me ocuparé más ampliamente de otras cuestiones literarias que creo interesarán á los lectores de su importante Revista.

Sírvase aceptar los respetos de su S, Servidor.

MIRAFLOR.

El Guardapelo.

El baile estaba en su apogeo. Sobre el entarimado cubierto de lona se deslizaban centenares de parejas al compás de un vals arrebatador, con la serenidad y elegancia de los cisnes que escarcean en apacible lago. Todos los pechos estaban palpitantes, todas las mejillas encendidas, todos los ojos resplandecientes de placer; sólo en el hueco de una puerta un joven alto y simpático seguía con mirada indiferente los vertiginosos giros de la danza, haciendo un gesto extraño, mezcla indefinible de impaciencia y de fastidio. De cuando en cuando una señorita le saludaba con amistosa sonrisa al pasar á su lado, ó un caballero le dirigía algunas palabras; él respondía cortés y brevemente, y continuaba mirando el desfile de la abgarrada muchedumbre, cuyos cabrilleos semejaban las infinitas y vistosas combinaciones de un calidoscopio.

Sin embargo, cualquier desocupado habría podido advertir en aquel rostro de hielo una sacudida nerviosa cada vez que á la puerta se aproximaba

una de las más bizarras parejas, y aun ciertas miradas de inteligencia cambiadas con la rapidez del relámpago entre el impasible espectador y la joven valsadora.

Era ésta una mujer de esas que pueden calificarse de *peligrosas*: de cuerpo bien formado, hermosura deslumbradora y altivo porte, reunía á estos atractivos una coquetería casi infantil de irresistible poder y embriagadora seducción. Sus ojos orlados de largas pestañas fulguraban como dos diamantes negros heridos por el sol; la nariz de corte picaresco, los labios algo gruesos y la barba dividida por delicioso hoyuelo, daban á su fisonomía expresiva malicia; y su risa franca, y la gallardía de sus movimientos y ademanes denunciaban á una de esas reinas de salón, acostumbradas á los triunfos y hastiadas de uncir nuevos es clavos á su carro.

Fuése premeditación ó casualidad, al terminar el vals ocupó nuestra heroína un sillón cercano á la puerta donde permanecía todavía inmóvil el personaje que con tanta insistencia la había estado mirando.

Ancho coro de galanes se formó en torno de la beidad, disputándose el favor de una palabra ó el tesoro de una sonrisa; pero á poco el caballero de la puerta se acercó pausadamente, y abriendo paso entre los cortejantes presentó el brazo á la dama. Ella se levantó entonces cual si fuese cosa convenida de antemano, y ambos atravesaron por la sala en medio de los murmullos y secretes de los que advirtieron la salida de la gentil pareja.

..

Por fin estaban solos, frente á frente, en uno de los gabinetes de descanso contiguos á la sala.— Por la rendija de las dos pesadas colgaduras de terciopelo granate penetraba el inmenso murmullo de la concurrencia, como el continuo y sordo rumor de un mar invisible. Se respiraba un ambiente tibio y saturado de emanaciones voluptuosas.— Ella, con el codo apoyado en la dorada consola, le miraba con aire burlón y risueño; él, serio, sombrío, jugueteaba maquinalmente con el abanico abandonado sobre el mármol.

—Angelina, dijo él después de embarazoso silencio: dentro de media hora me retiraré del baile, pero antes voy á cumplir la promesa que hice á usted esta mañana.

—Puede usted empezar cuando guste, Camilo, replicó ella mordiéndose los labios para no reírse, pero ocultando mal la turbación que le embargaba: no parece sino que va usted á hacerme una declaración amorosa....

—No se equivoca usted: es la declaración que usted esperaba hace mucho tiempo.

—¡Camilo!

—Veo que la lastima mi ruda franqueza y le pido mil perdones; pero es la pura verdad. Usted, acostumbra á ver humillados á sus pies los galanes má rebeldes, cansada de responder á infinitas declaraciones amorosas; usted que leía en mis ojos la pasión que me estaba consumiendo, se sentía ofendida por mi silencio y se ha debido preguntar con despecho muchas veces: "¿cuando caerá éste?" Pues bien, yo, más orgulloso que usted, me había jurado no proporcionar nunca tal satisfacción á su vanidad de mujer; he luchado mucho, y... ¡ya lo ve usted! he salido vencido y vengo á arrastrarme á sus plantas como los demás. ¿Está usted satisfecha?

Angelina se había puesto seria. Otra pareja penetró en el gabinete, obligando á Camilo á bajar más la voz.

—Usted no ignora que dentro de quince días me uniré en matrimonio á una señorita hermosa, sencilla y buena que me adora como á un dios, sin sospechar toda la bajeza y perversidad del hombre á quien va á dar su mano. ¡Sí, fué una infamia! cuando en presencia de sus honrados padres prometí llamarla mi esposa, cuando después á solas la juré amarla eternamente, un rayo del cielo debiera haber castigado mi perjurio lengua....

—Pero si usted no la quiere ¿como se va á casar? Porque no rompe con ella?

—Porque es demasiado tarde para retroceder, y sería vil, inícuo, matar ilusiones que yo propio hice brotar en una alma candorosa; porque romper el compromiso es asesinar á una pobre niña por el crimen de amarme mucho, mientras que casando-

me con ella labro mi desdicha, es cierto, pero ella será feliz.

Antes de conocerla á usted, Angelina, soñaba yo con las delicias de un hogar tranquilo presidido por una mujer virtuosa, sencilla, casera, en una palabra: entonces fué cuando pensé en Luisa y me dije: "esa es la mujer que busco". La hallé, frecuenté su trato y llegué á forjarme la ilusión de amarla; fatal ilusión que ha dado origen á una cadena de mentiras sinceras! Usted me arrancó la venda, haciéndome comprender la insipidez de amores tan *burgueses*. Entonces pensé que una alma como la mía necesitaba otra apasionada y fogoso me avergoncé de contentarme con el cariño apacible que se confunde casi con el deber, y así un amor arrebatador, capaz de cualquier sacrificio....

En aquel instante se oyeron los acordes de la orquesta, que preludiaba una mazurca; la otra pareja que conversaba en el gabinete se marchó al punto; pero Camilo y Angelina permanecieron inmóviles, y él prosiguió con voz conmovida:

—Usted es la única mujer que puede hacerme dichoso; por usted y sólo por usted estoy dispuesto á sacrificar mi honor, mi reputación, mi vida: dígame usted que me ama, que se casará conmigo, y rompo con Luisa, aunque tenga que marcharme para siempre de Costa Rica.

Algunos caballeros entreabrían de cuando en cuando las cortinas del cuarto, sin duda buscando á sus respectivas parejas, y se sonreían maliciosamente al ver á los dos jóvenes; pero éstos no lo notaban siquiera.

—Voy á responder á su franqueza con otra mayor, dijo al fin Angelina con visible emoción: usted, Camilo, no me es indiferente ¿á qué negarlo? pero tampoco le amo: las mujeres como yo no aman. Huérfana desde muy niña, criada por pacientes vanidosos en una atmósfera de escepticismo y frivolidad, educada para brillar en el mundo y viviendo de continuo en una sociedad tan elegante como corrompida, yo que me he mofado de santos afectos y jugado con el amor de los hombres; yo, que miro en el matrimonio tan sólo el fin de una libertad agradable; yo... no me casaré nunca.

El joven dobló la cabeza sobre el pecho, abrumado por el tono terminante con que estas palabras fueron pronunciadas; ella dulcificándose un tanto prosiguió con voz temblorosa:

—Pero aunque yo cambiase de modo de pensar, aunque le amase á usted frenéticamente, jamás aceptaría su mano á trueque de la infelicidad de una niña inocente y de la deshonra del hombre á quien amo. Cácese usted con Luisa, lo digo con sinceridad: estoy persuadida de que será modelo de esposa. Yo he nacido para vivir en los salones, para aturdirme en las fiestas, para ser la estatua fría y sin corazón á cuyos pies se quema incienso vanamente. Usted merece mucho más: olvídeme, efectúe su matrimonio, váyase de Costa Rica....

—Esa su última palabra, Angelina? dijo Camilo con el rostro lívido y levantándose bruscamente.

—Sí, contestó ella densamente pálida, aunque con voz firme, poniéndose también de pie; pero al ejecutar el movimiento se desprendió de su cuello un guardapelo de oro que representaba un corazón incrustado de rubíes. Recojiólo Camilo; mas cuando fué á devolverlo le miró ella de tan expresiva manera, sin hacer ademán de recibir la joya, que él no insistió; y guardando el medallón y dando el brazo á la beldad, murmuró á su oído, mientras la oprimía rápidamente la mano: "Gracias; lo conservaré toda mi vida".

..

Dos semanas después verificaron las bodas de Camilo y Luisa. No fueron aparatosas ni espléndidas como correspondía á la fortuna y elevada posición de los desposados: casáronse un domingo, y al día siguiente partieron para Europa, donde proyectaban permanecer uno ó dos años. Todos envidiaban la felicidad de la enamorada pareja, augurándole eterna luna de miel: sólo una mujer veía el fondo tenebroso de aquel pasaje y sabía el infierno que dentro del pecho llevaba uno de los viajeros.

..

Una noche en que se daba un baile de suscripción en el *hotel* de Benedictis, y en que Angelina,

como siempre, era objeto de abrumadores obsequios, advertiase en su rostro una melancolía inusitada.

—Pero ¿qué tiene usted esta noche, Angelina? la decía el general X^o, viejo mujeriego, atusándose los bigotes y dirigiendo miradas sensuales á los desnudos y provocativos hombros de la bella: esté usted así... no sé cómo....

Ella contestaba sonriendo que no tenía nada, cuestión de nervios, y que era una tontería empeñarse en que algo le pasaba; pero la verdad es que se halla realmente triste y que la animación creciente del baile parecía nublar más y más su frente de reina.

En un momento en que la casualidad la llevó á un asiento cercano al de su amiga la señorita Ramírez, ésta, pasados los saludos y trivialidades de cajón, la dijo con el tono más natural del mundo: —Supongo que sabrás ya lo de Camilo Aranda, aquel muchacho que se casó con Luisa Velasco y que, según malas lenguas, estuvo enamorado de ti.

Indescriptible fué el efecto producido por estas sencillas ó inintencionadas palabras: Angelina palideció primero, luego se puso colorada sin poder articular una sílaba.

—¿Con que ya lo sabías? prosiguió la señorita Ramírez al notar la alteración de su amiga:

¿Verdad que es horrible?

—¿Qué quieres decir? logró al fin balbucear Angelina: no comprendo á qué te refieres....

—¡Hija, si lo sabe ya medio San José! Yo leí la noticia en el *Correo de la Tarde*, cuando comenzaba á vestirme para el baile. Parece que Camilo y Luisa, después de viajar algunos meses por Europa, habían fijado su residencia en Cádiz. Según dicen, hacía algún tiempo que no se llevaban bien, probablemente porque tu antiguo novio se enredó con alguna... de poco más ó menos. Es decir, esto no pasa de ser una conjetura, sacada de lo que voy ahora á contarte. Una tarde en que Camilo estaba solo en su cuarto y Luisa había salido, los criados oyeron una detonación; cuando acudieron ya era tarde: Camilo estaba tendido en el suelo, con la cabeza destrozada de un balazo.— En la mano izquierda, cerrada fuertemente, tenía un guardapelo, un corazón de oro incrustado de rubíes, que encerraba un diminuto retrato de mujer. El periódico trae todos estos detalles. ¿Qué te parece?

Angelina no contestó: con la cabeza inclinada y el pecho palpitante, no echó de ver que empezaba ya otra contradanza, hasta que un caballero se acercó á recordarle la pieza comprometida.

Entonces aquella mujer que tantas veces había jugado con el amor, aquella reina altiva acostumbrada á uncir cada día nuevos esclavos á su carro triunfal, aquella estatua de carne inmovible y despiadada, se levantó maquinalmente para salir á bailar, sí; pero una lágrima de fuego se deslizó lentamente por su mejilla aterciopelada.

Y cuando silenciosa y triste se confundió la joven en el torbellino de alegres parejas, aquella lágrima que temblaba aun en su faz demudada, brillaba con las luces del salón como diamante purísimo caído casualmente sobre la pálida corola de una azucena.

San José, Octubre de 1891.

Amer.

General Eloy Alfaro.

Nació este eminente ciudadano en Montecristi, población de Manabí, provincia costera del Ecuador, en 1843. Su padre fué don Manuel Alfaro, natural de Castilla en España, comerciante rico y honorable, quien se caso en el Ecuador con la señora Natividad Rodríguez.

Recibió una educación esmerada bajo la dirección de un profesor europeo traído por su padre.

En 1864, joven de 21 años como era, se puso á la cabeza de un puñado de valientes y aprehendió al General Francisco Javier

Salázar, Gobernador de Manabí. Entonces tiranizaba Garcia Moreno.

Fracasada la revolución, tuvo que emigrar á Panamá, donde se distinguió en el comercio hasta llegar á ser jefe de una de las casas mas fuertes del Istmo.

Se ha distinguido siempre como protector de cuantos de él han necesitado. Fué el Mecenas del Gran Montalvo, quien no hubiera publicado sus obras, sin el apoyo de su noble compatriota.

Muerto Garcia Moreno, volvió á Guayaquil y trabajó por la candidatura de Borrero; pero comprendiendo despues que este no era liberal, fué el primero que conspiró en Guayaquil.

En Setiembre de 1876 púsose el General Veintemilla á la cabeza del partido liberal, y consiguió la destitución de Borrero. Alfaro obtuvo el grado de Coronel despues de la batalla de Galte.

Con Veintemilla sucedió lo que con el anterior: convencieronse los liberales del personalismo de este, y Alfaro trabajó en la oposición para la elección de diputados. Veintemilla lo desterró á Panamá.

En 1879 volvió oculto á Guayaquil; pero Veintemilla lo supo, y el patriota fué arrastrado á un calabozo, donde lo tuvieron incommunicado y con grillos. Desde los grillos negoció de potencia á potencia, como dijeron los periódicos de entonces.

En 1880 inició la campaña contra Veintemilla, expedición que fracasó por la traición de un tal Guedes. En Panamá publicó un manifiesto y varias hojas fulminantes.

Las Catilinarias de Montalvo habían enardecido á los pueblos: Veintemilla se proclamó Dictador; y en 1882 volvió Alfaro á Esmeraldas, y con 150 voluntarios atacó á la ciudad defendida por mas de 800 veteranos: fué rechazado con pérdida de algunos valientes. Salió por Imbabura á Colombia y en Panamá publicó un segundo manifiesto.

En 1883 volvió á Esmeraldas ya ocupada por los suyos, siguió á Madobi, donde derrotó á 600 enemigos y pasó á Mapasingue.

En las actas populares de Manabí los pueblos le dieron el grado de General, el que fué confirmado por el Quinquvirato de Quito; pero Alfaro renunció á esta distinción: sin embargo obtuvo la efectividad en la convención conservadora de 1884.

Dada la batalla del nueve de Julio se convocó Convención. Como las elecciones se verificasen bajo la presión de las armas terroristas, la mayoría de la Convención fué terrorista y eligió á Caamaño: Alfaro obtuvo el sufragio de la minoría. Inpuesto en Panamá de la ilegalidad con que se habían practicado las elecciones, volvió en Noviembre de 1884, á bordo de su vapor "Alhajuela" á dejar bien sentada la justa fama de que hoy goza: Traia solo 25 hombres, y en aguas colombianas se encontró con un vapor del Gobierno el cual le presentó combate: el "Alhajuela" salió victorioso. Alfaro pudo llegar con calma á Esmeraldas, donde aumentó su tropa y siguió á Manabí. Desembarcó en Bahía y dió la batalla de Portoviejo, en la que triunfó el Gobierno. En el acto se reembarcó en su vapor con 72 hombres, y á las doce de la noche del 5 de Diciembre dió la histórica batalla naval de Jaramillo contra toda la escuadrilla del Gobierno. Tomó el vapor "Huacho" al abordaje, vapor en el que se hallaban mas de 400 veteranos, de los que murieron cerca de 200. Resistió hasta el amanecer el fuego de los otros vapores, y al alba prendió fuego á su vapor por que habían muerto casi todos sus soldados.

Entonces se arrojó al mar, y los restos de su tropa lo hallaron desmayado en la costa. Después de mil penalidades volvió otra vez á Panamá, de donde pasó á Centro America. En Guatemala escapó de ser víctima de asesinos mandados desde el Ecuador.

Vino al Perú en 1888 fué nuevamente candidato á la presidencia en oposición al doctor Antonio Flores.

En el año pasado dió la vuelta á la America del Sur hasta llegar á Venezuela. En Caracas fue recibido con grandes manifestaciones populares. Actualmente se haya en Centro America, esperando sin duda mejores dias para su querida patria.

Tal es, en compendio, la vida de este Garibaldi Americano. Los reveses que ha experimentado no han dependido de él: todo lo ha sacrificado por su patria. ésta no ha cooperado por que no ha comprendido ese generoso corazón eminentemente ecuatoriano.

LUIS B. RUILOVA.

SAFO.

(DE CORNELIUS PRICE)

En las rocas sentada que el mar aullando azota,
Safo, la poetisa de Lesbos, delicada,
Ve hacia el Sur,—como ondula volando la gaviota,
Alejarse una nave por la verde ensenada.

La nave hiende el agua que en torno se alborota:
Safo siente en su pecho, febril y enajenada,
Desgarrarse una á una por el Destino rota
Cada ansia de sus ansias de loca enamorada.

Pues ese que huye, á quien ella ruega que no se vaya
Por siempre de la Grecia, llamándolo á la playa,
Es Faón por quien llora, que no la quiso amar.
La ola á sus piés entona su cariñoso acorde,
Y cuando ya la vela pasa el último borde,
Safo se da el abrazo, que la ahoga, del mar.

F. GAVIDIA.

LA AVISPA NEGRA.

AL JOVEN ESCRITOR Y BUEN AMIGO DON

JUAN J. LAINEZ.

En el cañón de cobre de mi pluma
Ha construído su celda
Una avispa gentil y silenciosa,
Que con sus alas negras
Acaricia mi mano cuando escribo
Alguna estrofa bella,
Y se oculta después en su agujero
Y espíandome se queda.
Es un misterio para mí! Quién sabe
Si esa compañera,
Que está conmigo cuando pienso y lloro,
En mi alcoba secreta,
Sea una musa que en extraña forma
A darme acaso venga
Eso que sienten los que aquí en el mundo
Se llaman "los poetas."

La he llegado á querer con gran cariño,
Como la amiga buena
Que sabe de mi vida de inquietudes
La honda tristeza,
Y que si gozo de fugaz contentento,
Goza y se alegra,
Y sus alas extiende y se dirige
En torno de mi mesa.

Si alguna vez que mis sencillos versos
Escribo cuando ella
Liba la miel de las cercanas flores,
Siento su ausencia;
Guardo el papel porque la rima huye
Y hnye la idea,
Y temeroso del regreso ansiado,
Mi alma se apena.

Es un misterio para mí: no ha mucho,
En estrofas ligeras,
Ensalzaba virtudes: el civismo,
La gratitud eterna,
La lealdad, el honor... De su agujero
Salió zumbando, inquieta,
La silenciosa avispa, y en la pluma
Mojó sus alas negras;
Las sacudió sobre lo escrito, y luego
Voló con lijereza
Y fué á esconderse, con temor sin duda,
Al fondo de su celda.
Quedé sumido en graves reflexiones
De lo que es la virtud aquí en la tierra;
Leí los versos que manchó la avispa,
Dudé de mi obra, y la arrojé con pena!

CARLOS A. IMENDIA.

Sonsonate, Abril 28 de 1891.

LEYENDA

Del hombre de los sesos de oro.

A la señora que pide cuentos alegres

Al leer vuestra carta, señora, he tenido como un remordimiento. Me he enfadado conmigo mismo, por el de medio luto de mis cuentos, y me había prometido relataros hoy algo muy alegre, de una alegría loca.

Bien mirado, ¿por qué estaría triste? Vivo á mil leguas de las nieblas parisienses, en una luminosa colonia, en el país de los tamboriles y del vino Moscatel. Al rededor de mi casa no hay más que sol y música, tengo orquesta de andarios, orfeones de abejarucos; por las mañanas los curlis queden: "Curelicureli!"

A medio día las cigarras, luego los pastores que tocan el caramillo y las morenas que se oyen reír en las viñas...

En verdad, el sitio es poco apropiado para aburrirse; más bien debería expedir á las damas poemas de color de rosa y cestos llenos de cuentos galantes.

Pues bien, no; estoy aún muy cerca de París. Diariamente me manda los salpicones de su tristeza hasta mis pinos...

En la hora en que trazo estas líneas, acabo de saber la muerte miserable del pobre Carlos Bárbara, y mmá tnos ioile enlutado. ¡Adiós curlis y cigarras! No tengo el corazón dispuesto á la alegría.

Y hé aquí por qué, señora, en vez de lindo y ligero cuento que me había prometido hacer, no tendreis hoy, como siempre, más que una melancólica leyenda.

Erased una vez un hombre que tenía los sesos de oro; sí, señor, toda la sesera era de oro.

Cuando vino al mundo, los médicos pensaban que aquel niño no viviría: tan pesada era su cabeza, tan desmesurado su cráneo.

Vivió, sin embargo, y creció al sol, como un pintoresco olivar; pero la enorme cabeza lo arrastraba siempre, y daba lástima verle darse testarazos contra los muebles, cuando andaba... A menudo se caía.

Un día rodó de lo alto de una escalinata, y chocó su frente contra un escalón de mármol sonando su cráneo como una barra de oro.

Lo creyeron muerto: pero al levantarse, sólo le hallaron una pequeña herida con dos ó tres gotitas de oro coaguadas en sus rubios cabellos. Así fué como supieron los padres que el niño tenía los sesos de oro.

La cosa se mantuvo secreta, el mismo pepeuñin no sospechaba nada. De vez encuando preguntaba por qué no le dejaban correr

delante de la puerta, como antes, con los hicuelos de la vecindad.

—Os robarían, tescro mio, le respondía su madre.

Entonces tenía el niño mucho miedo de ser robado; se volvía á jugar sólo, sin decir nada, y se iba tambaleando con pesadez de la sala á la alcoba.

Solamente á los diez y ocho años le revelaron sus padres el don monstruoso que debía al destino; y como lo habían educado y alimentado hasta entonces, le pidieron en cambio un poco de oro. El niño no vaciló; en el mismo momento, ¿cómo? ¿por que medios?

La leyenda no la ha dicho, en el mismo momento se arrancó el cráneo un pedazo de oro macizo, un pedazo grueso como una nuez, que echó con arrogancia en las rodillas de su madre... Luego, deslumbrado por las riquezas que llevaba en su cabeza, loco de deseos, embriagado con su potencia, se fué de la casa paternal malgastando su tesoro por el mundo.

Al paso que se lleva la existencia, realmente sembrando el oro sin contar, se habría dicho que sus sesos eran inagotables...

Sin embargo, disminuían, y á medida de ello se podían ver apagarse los ojos, demacrarse más las mejillas. En fin, un día, al siguiente de una enloquecedora orgía, el desgraciado, sólo entre los restos del festín y las arañas que palidecen, se espantó de la brecha considerable que había abierto en su barra áurea; era tiempo de detenerse.

Desde entonces, fué una nueva existencia. El hombre de los sesos de oro se fué á vivir sólo, del trabajo de sus manos, desconfiando y temeroso como un avaro, huyendo de las tentaciones, tratando de olvidar las fatales riquezas á las que ya no podía tocar... Desgraciadamente un amigo le había seguido á su retiro, y este amigo conocía su secreto.

Una noche, el pobre hombre se despertó sobresaltado con un dolor de cabeza, un dolor espantoso; se irguió atolondrado, y vió á un rayo de luna al amigo que huía ocultando algo bajo su manto.

¡Otro poco de sesos que se le llevaban!

Algún tiempo después el hombre de los sesos de oro se enamoró y esta vez se acabó todo... Amaba con lo mejor de su alma á una mujercita rubia que le quería también; pero que prefería, sin embargo, los adornos, las plumas blancas y las lindas borlas color castaño que se agitaban en las tiendas.

Entre las manos encantadoras mujercita, mitad pájaro, mitad muñeca, las monedas de oro se derretían que era una bendición. Tenía todo género de caprichos, y él no sabía decir nunca que nó, y hasta temiendo apesadumbrarla, la ocultó hasta el fin el triste secreto de su fortuna.

—¿Tan ricos somos? decía ella.

El pobre hombre respondía:

—¡Oh, sí, muy ricos!

Y sonreía con amor al pajarito azul que le comía los sesos con la mayor inocencia. Algunas veces, empero, le acosaba el miedo, tenía tentaciones de ser avaro, pero entonces la mujercita se le acercaba á saltitos y le decía:

—Marido mío, ya que tan rico sois, compradme una cosa muy cara...

Y él le compraba una cosa muy cara.

Las cosas duraron así dos años; luego, un día, la mujercita se murió sin saberse por qué, como un pájaro... El tesoro tocaba á su fin; con lo que quedaba, el viudo hizo á la muerta un hermoso entierro.

Las campanas á vuelo, pesados coches entapizados de negro, caballos con penachos soberbios, lágrimas de plata en el terciopelo, nada le pareció bastante.

¿Que le importaba ahora su oro? Dió para la iglesia, para los enterradores, para las vendedoras de siemprevivas, dió por todas partes sin regatear. Así es que al salir del cementerio casi nada le quedaba de aquella maravillosa riqueza, apenas algunas partículas pegadas á las paredes del cráneo.

Entonces se le vió ir por las calles con ojos extraviados, las manos extendidas hacia adelante, tropezando como un hombre ebrio.

Por la noche, á la hora en que se iluminan las tiendas, se detuvo delante de un gran es-

caparate, en el que las telas y los adornos relucían á la luz, en artística confusión, y permaneció mucha tiempo mirando dos botitas de satín azul adornadas con finísimas plumas de cisne.

—Alguien colozco yo, se dijo, á quien darían sumo gusto esas botas, y no pensando en que la mujercita se había muerto, entró para comprarlas.

Desde la trastienda la vendedora oyó un grito; acudió y retrocedió espantada al ver un hombre de pie, apoyado en el mostrador y mirándola detenidamente con aire atontado.

Tenia en una mano las botitas azules con ribetes de cisne, y presentaba la diestra en-

sangrienta con roeduras de oro entre las uñas.

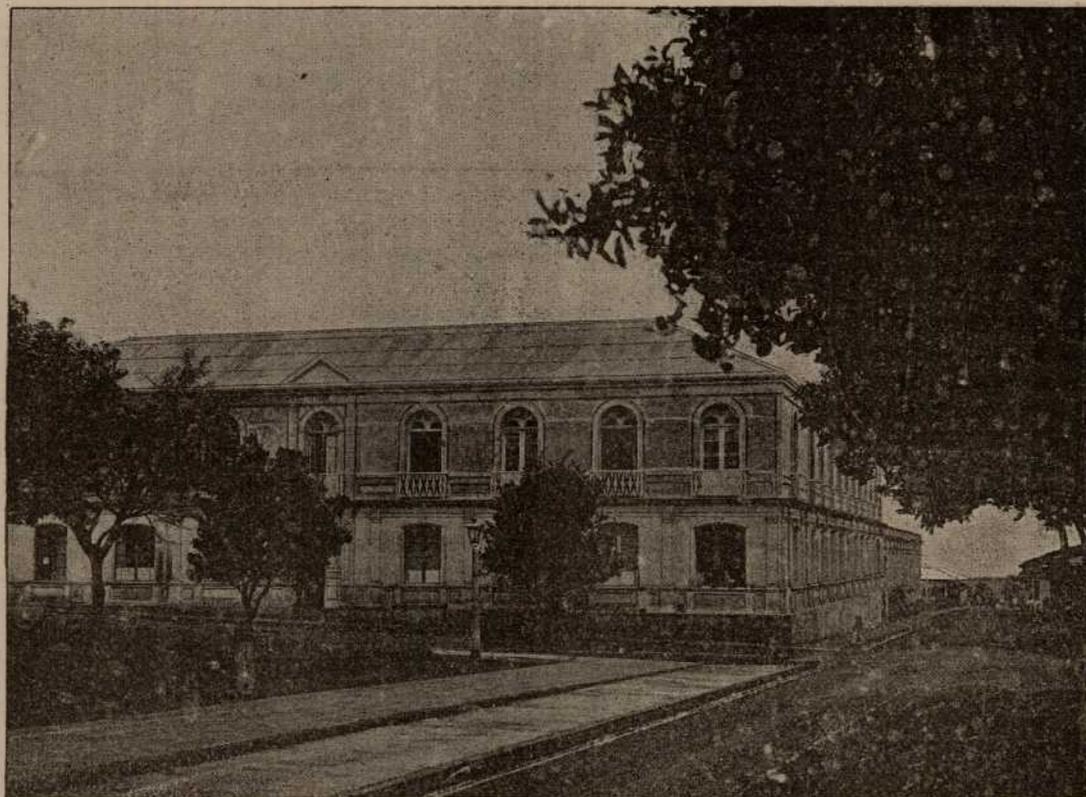
Tal es, señora, la leyenda del hombre de los sesos de oro.

A pesar del aire de cuento fantástico, esta leyenda es verídica de cabo á rabo.

Hay por el mundo pobres hombres condenados á vivir de su cerebro, y pagan en luciente oro fino, con su meollo y sustancia, las menores cosas de la vida.

Es para ellos un dolor diario; y luego, cuando están cansados de sufrir....

ALFONSO DAUDET.



Instituto de Alajuela.

(DE FOTOGRAFIA DE LOS SEÑORES RUDD & PAYNTER.)

EL CAPITAN NESCO.

(Traducido para *Costa Rica Ilustrada*.)

I.

El coronel del 15º de húsares al coronel del 35º de dragones.—Marsella.

Mi querido camarada: tengo el honor de anunciaros que el capitán Nesco, del 15º regimiento de húsares, debe ir á pasar unos quince días en Marsella. Os lo recomiendo, suplicándoos lo tratéis con benevolencia, aunque por lo demás ese joven se recomienda por sí solo, á causa de su talento y de sus grandes capacidades.

Es un oficial escogido: soldado en el campo de maniobras y en campaña, dechado de galantería en los salones; nuestras damas sienten su ausen-

cia, pues el capitán Nesco es no sólo perfecto caballero, sino también físico habilísimo, presdigidador, y maravilla á nuestra sociedad con extraordinarias suertes. Sin duda conocéis su reputación: es universal; no temáis, pues, en ponerla á contribución.

Un consejo para terminar: no apostéis nunca contra él, porque gana siempre las apuestas.

Vuestro

"X....."

El coronel de 35º de dragones al coronel del 15º de húsares.—París.

"Estamos aguardando con impaciencia al capitán Nesco. Gracias por la advertencia: si llegamos á apostar contra él, será sobre seguro.."

Vuestro afmo.

"Z...."

II.

El mismo día todo el cuerpo de oficiales del 35º de dragones que estaba de guarnición en Marsella, sabía el próximo arribo del capitán Nesco; y como el coronel había ponderado sus habilidades y como algunos tenían ya noticia de ellas, aguardaban ansiosamente su llegada.

Pocos días después un extranjero joven entró en el café de los oficiales de la guarnición: tres capitanes de dragones se hallaban al rededor de una mesa vecina á la suya.

Uno de ellos, el de menos edad, llegado recientemente de África, relataba á sus dos amigos las hazañas de su antiguo regimiento y en particular la notable conducta de su escuadrón durante la primera expedición de Kabila.

Los dos militares escuchaban religiosamente la relación de su compañero, quien como hablaba de

hechos de armas á las cuales había asistido en persona, los explicaba con varonil y persuasiva elocuencia.

De súbito, en el pasaje más conmovedor del relato, una carcajada sardónica interrumpió al narrador.

Los tres oficiales volvieron vivamente la cabeza hacia el malhadado interruptor. Pero éste lejos de amedrentarse por aquellas miradas amenazadoras, siguió dando libre curso á su hilaridad.

Al cabo de un momento de espera, no pudo contenerse más el joven capitán, é interpellando directamente al extranjero, pues era él quien se había reído, le dijo en voz alta.

— Desearía saber, señor caballero, que es lo que os pone de tan buen humor.

— ¡Ah! ah! ah! respondió el provocador.

— Vuestras exclamaciones estúpidas no son repuestas, repuso el oficial.

— ¡Oh! oh! oh! prosiguió el otro.

De un salto el joven capitán se le puso delante.

— Si no me dais inmediatamente satisfacción por vuestra impertinencia, gritó, ya fuera de sí, vais á recibir el más soberbio bofetón.

Á la amenaza del militar, los ojos del desconocido relampaguearon; sin embargo, respondió con imperturbable calma.

— Yo á mi vez, caballero, quería saber qué derecho tenéis de impedirme que me ría.

— ¡El que todo hombre de corazón debe tomarse para castigar una insolencia!

El extranjero registró en su cartera, y sacó una tarjeta.

— Señor, continuó arrojándole sobre la mesa de los oficiales; he aquí mi nombre, y si tenéis el valor de que os jactáis, hallaos mañana á las cinco de la madrugada, con dos testigos, bajo los plátanos del Prado cerca de la playa. Os dejo la elección de armas.

Luego tomando el bastón y el sombrero y pagando el gasto, se retiró tan tranquilamente como el más pacífico parroquiano del café.

Los oficiales leyeron en la tarjeta:

A. Sonec, ingeniero.

Al día siguiente á las cinco en punto de la mañana, dos carruajes se detuvieron en el sitio designado la víspera por el provocador. De uno bajaron el capitán y sus dos amigos; del otro el desconocido y dos paisanos. Los oficiales habían llevado una caja de pistolas y un par de espadas; los testigos del extranjero sacaron iguales armas de su coche; pero nadie notó un saquito que el desconocido ocultó bajo su inmensa capa. Los testigos del capitán se aproximaron á los dos paisanos y les declararon, después de saludarlos cortesmente que su camarada rehusaba como soldado, la elección de armas y que se batiría en las condiciones preferidas por su adversario. El cual respondió que no queriendo abusar de tan amable cortesía, dejaba á la suerte las condiciones del duelo.

Una moneda arrojada dos veces al aire decidió que el desafío fuese á espada, y con las armas llevadas por los paisanos; pocos instantes más tarde, los dos adversarios, despojados de sus levitas, se ponían resueltamente en guardia bajo un plátano, no sin haberse saludado cortesmente.

En los primeros lances comprendió el capitán que se las había con un tirador excelente; pero lejos de acobardarle el descubrimiento, redobló sus golpes atacando resueltamente.

Durante cinco minutos que parecieron cinco horas á los testigos, las espadas no hicieron más que entrecrocarse: las finas y rápidas estocadas del capitán, eran paradas diestramente por el acero del ingeniero; pero esto no podía durar mucho. Muy luego los quites del último fueron menos seguros y pronto. Los dos oficiales testigos comprendieron que el desconocido se hallaba en gran aprieto.

De repente, después de un amago, el extranjero se descubrió; más veloz que el rayo, el capitán se tendió á fondo y hundió sutilmente su espada hasta la guarnición en el pecho del contrario.

Los dos paisanos testigos ni siquiera arquearon las cejas, en tanto que los dos militares se acercan vivamente para recibir en sus brazos al herido. . . . Mas cual sería su sorpresa cuando, en vez de verle tambalear, advirtieron que sacaba él mismo el hierro hundido en su cuerpo y se lo presentaba á su adversario diciéndole tranquilamente:

— Tened mejor vuestra espada, caballero!

El joven capitán se quedó estupefacto. La espada no había dejado la menor traza en la blanca camisa de su antagonista, y no obstante estaba seguro de haberla visto penetrar en mitad del pecho.

Por un momento creyó que estaba soñando.

El combate comenzó con más vigor, y al cabo algunos segundos el acero del oficial se clavó de nuevo en el cuerpo del adversario, pero con tanta fuerza esta vez, que se quebró adentro.

Entonces, como si se desprendiera una espesa venda de sus ojos, el capitán y sus testigos echaron de ver que la espada había penetrado realmente un saco de crin atado al tronco de un plátano.

Un cuarto de hora largo hacía que el capitán se estaba batiendo contra un árbol; en cuya madera se le había quebrado el arma,

Una carcajada general puso fin al duelo cuando los oficiales reconocieron en el extranjero al famoso capitán Nesco, de quien se hablaba tanto hacía algunos días; y le tendieron espontáneamente las manos leales que fueron cordialmente estrechadas.

Los testigos del capitán eran su asistente y su cochero, quienes sabían de antemano el desenlace del duelo.

IV

En la tarde del mismo día fue el capitán Nesco á hacer una visita oficial al coronel Z. . . . , el cual le recibió con los brazos abiertos previniéndole que su mujer recibía esa misma noche y que contaba con él.

El capitán quiso excusarse.

— De ningún modo, le interrumpió el coronel. Habrá numerosa y escogida compañía; os esperamos á las nueve.

— Convenido mi coronel: estaré en vuestra casa á las nueve en punto.

— ¿Hora militar?

— Hora militar.

Todos los relojes del palacio habían dado ya las diez y el capitán Nesco no parecía. Sin embargo, la flor de la aristocracia marselesa se hallaba reunida en los brillantes salones de la coronela de Z. . . .

Los relojes de bolsillo acababan de ser consultados por centésima vez, cuando al fin el lacayo de servicio anunció:

— ¡El señor capitán Nesco!

Todas las miradas se volvieron hacia la puerta, y no obstante su retraso, el capitán fue acogido con las más graciosas sonrisas.

El coronel le presentó á la concurrencia, suplicando á las señoras le dispensaran la tardanza.

— ¡Cómo tardanza! exclamó el capitán; si son apenas las nueve, mi coronel!

Instantáneamente todos los relojes fueron sacados de los bolsillos. . . . Todos marcaban las nueve en punto; y en el mismo instante el reloj del vestíbulo dió las nueve. De tan imprevisto modo se excusó el capitán Nesco; falta advertir, no obstante, que un minuto después las agujas de todos los relojes señalaban las diez y cuarto, pues el capitán no tenía aún la habilidad de su predecesor Josué, que detenía á voluntad la marcha del tiempo.

Una velada comenzada tan bien no podía menos de ser divertidísima y lo fué tanto, que después de mil increíbles juegos de prestidigitación, cuando la aurora coloraba ya con sus tintes rosados la muselina de las colgaduras, nadie pensaba en retirarse. El capitán fué el primero que habló de ello.

— ¡Otra suerte! otra suerte más! gritaron en coro las señoras.

— Nunca he negado nada á vuestro amable sexo, respondió galantemente el prestidigitador; pero el experimento que voy á hacer será el último, pues ya comienza á nacer el día.

Hizo colocar una mesa grande en el centro de la sala é invitó á todos los señores presentes á sentarse en torno, dando á cada uno un cuchillito de postres. Las señoras se situaron en los extremos del salón; luego el físico escondió las luces bajo opacas pantallas y encendió dos bugías preparadas por él, las cuales arrojaron sobre los convidados un resplandor vago y amarillento.

— Señores, dijo entonces: vamos á descubrir el talento más sutil de la reunión. Es indispensable para ello que mis órdenes sean puntualmente ejecutadas: cada uno de vosotros verá aparecer delante de sí una gorda pera que asirá por la parte inferior, aplicando el cuchillo sobre el pezón; pero os suplico que no los cortéis antes que os avise,

pues si no os conformáis á esta prescripción podría ocurrir algún accidente. ¡Atención! voy á comenzar.

En el mismo instante cada caballero percibió delante de su rostro una pera grande que parecía en estado de madurez completa; la orden del capitán fué seguida al pie de la letra y cada uno tomó la actitud indicada.

Pero sucedió que un gordo consejero de prefectura, que lo echaba de ingenio fino, imaginó que el talento sutil sería sin duda el que quebrantase la consigna. Perseverando en su idea, corrió el cuchillo. . . . Al punto lanzó un grito espantoso!

El capitán Nesco levantó rápidamente las pantallas de las lámparas, y se vió entonces un cómico espectáculo. . . . todos los caballeros se habían cogido la punta de la nariz aplicándose el cuchillo encima. El desgraciado talento sutil se había hecho una ligera herida en la parte cartilaginosa de dicho órgano.

El capitán manifestó que el mismo accidente se acontecía siempre que se ejecutaba la suerte.

La cortadura no era grave: el herido, bien á pesar suyo sin duda, tuvo que reírse como los demás.

V.

Quando llegó el momento de marcharse, se acercó al prestidigitador el coronel Z.

— Deberíais decirnos, mi querido capitán, qué medios empleáis para hacer experimentos tan maravillosos.

— Es largo de explicar, mi coronel. Mis principales compadres son: la electricidad, la química y las propiedades de los cuerpos y la acción que ejercen unos sobre otros sin cambiar de naturaleza; y por fin, la observación.

— Qué entendéis por observación?

— El estudio de las personas que me están mirando.

— Luego ¿nos habéis estudiado á todos?

— Sí, mi coronel, y gracias á este método mis experimentos han salido bien.

— ¡Oh! oh! podéis desculrir entonces cosas muy ocultas?

— Sí, coronel: así por vuestra manera de adelantar la pierna derecha adivino que tenéis un furúnculo ó cuando menos un grano enorme en lo alto de la otra pierna.

— ¿En la izquierda? exclamó el coronel en medio de la risa general.

— Sí, mi coronel, en la izquierda, respondió con imperturbable aplomo el capitán.

— ¡Oh! lo que es en esta ocasión habéis observado mal.

— Apuesto mil francos, coronel.

— Acepto la apuesta, pardiez, y no me costará mucho ganarlo.

— Probadlo, pues.

— ¡Al momento!

El coronel entusiasmado por su apuesta, iba á quitarse los pantalones, cuando los gritos de las señoras le advirtieron que el sitio no era á propósito. Pasó á un cuarto inmediato con los hombres de la reunión y quitándose la prenda susodicha, probó victoriosamente que no tenía ni grano ni furúnculo en la pierna izquierda.

— He perdido, repuso sonriendo el capitán: hé aquí los mil francos.

— Vamos, dijo el coronel sonriendo también: os he ganado con mucha facilidad y no acepto vuestro dinero.

— Me ofenderíais, coronel, porque una apuesta es sagrada: tomad los mil francos, os lo ruego.

El coronel tuvo que aceptarlos, pero la cuestión de dinero era secundaria para su amor propio. Su mayor gozo provenía de que había ganado una partida al capitán Nesco, el apostador por excelencia: así, pues, á las siete de la mañana, cuando se marcharon todos los convidados, corrió al telégrafo y trasmitió el despacho siguiente:

Coronel Z. . . . al coronel X. . . .

“Capitán Nesco llegó aquí. Encantada oficial, prestidigitador extraordinario, pero ha perdido una apuesta contra mí. Apostamos mil francos á que yo no tenía grano ni tumor en la pierna izquierda: enseñé la pierna intacta.”

“Z. . . .”

Al cabo de dos horas llegó esta respuesta:

Coronel X.... al coronel Z....

“¿Qué habéis hecho, desgraciado! Capitán Nesco había apostado contra mí cien luses á que os haría quitaros los pantalones en una reunión!”

“X....”

Aseguran que esta última suerte del capitán Nesco no ha agradado mucho al coronel Z....

EDMUNDO THÉRY.

EN EL CEMENTERIO.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

EL SEÑOR D. DCRORTEO FONSECA.

No volveros á ver, prendas queridas?
No volveros á ver!...y en un momento,
Cual las hojas del álamo caídas
Que en remolinos arrebata el viento,
En átomos de polvo convertidas
Del corazón las aromadas flores,
Fe y esperanza, amor y sentimiento!
No volveros á ver, Madre adorada,
Ser de mi ser, amor de mis amores,
Esposa, dulce esposa idolatrada!...
Angeles de ternura y de consuelo,
Que del calvario en la escabrosa vía
Erais mi luz y mi sostén y guía,
Y me tendéis la mano desde el cielo!...

No volveros á ver!... Bárbara ciencia
Que así arrebata al corazón la calma!
Bárbara ciencia la que roba al alma
La vida, la esperanza, la conciencia!
Teoría sin entrañas, que se inspira
En el materialismo torpe, insano,
De sentimiento y de pudor desnuda,
Que deja el miserable ser humano
Flotando entre las nieblas de la duda!
Esa enseñanza escéptica delira,
Conculca la razón!... Eso es mentira!

Oh santo amor, inextinguible llama
Que arde dentro del pecho á toda hora,
Y que del tiempo el ala abrasadora
Aviva más, y más y más inflama!
Tú no puedes morir, tú sobrevivies,
Con el principio de vital aliento
Que en el cerebro engendra el pensamiento,
A la masa de carne fría, inerte,
Que se corrompe al soplo de la muerte!

Angélica virtud, flor de los cielos,
Que en el podrido barro de la tierra
Alzas la frente pura, inmaculada,
Luchando con el vicio en ruda guerra;
Tu afán, sus sacrificios, tus desvelos
Tornará el tiempo en despreciable nada?
No habrá para tus sienas más corona
Que esa de espinas que te ofrece el mundo
Cuando arroja á tu rostro ceno inmundo,
Y te befa y escupe y te abandona?

Carnal pasión, incendios, muertes, ruinas
Esparces en la tierra y fieros males;
De la verdad los puros manantiales
Enturbias, en sus ondas cristalinas
Revuelves negro lodo
De infame error, que lo corrompe todo!
Piensas siempre triunfar? Al férreo yugo
De la horrenda opresión siempre amarrada
Gemirá la virtud? No habrá castigo
Para el tirano déspota, verdugo
De la infeliz humanidad?... Maldigo
El aborto infernal de la malicia
Que así el derecho ultraja y la justicia!

Oh Dios! y quien no espera
Volver á ver las prendas más queridas
Del corazón, que muerte audaz y fiera
Arrebató de sus amantes brazos,
Causándole en el alma hondas heridas
Que la destrozan ¡ay! en mil pedazos!

Tan sólo el indeleble pensamiento
De volverlas a ver dá fortaleza
Para beber el cáliz de amargura,
Que el corazón, sediento
De eterno amor y de inmortal ventura,
Hasta las heces con denuedo apura!

En el valle de lágrimas, qué fuera
Del desterrado, pobre peregrino,
Si otro más alto, divinal destino
A través de la tumba no existiera?

Yo espero, sí, tonar á ver dichosas
Las dulces prendas, por mi mal perdidas,
Que tanto amaba el corazón, y aun ama
Con inextinta, abrasadora llama!
En floridas mansiones deliciosas
Donde el dolor jamás entró ni el llanto;
Allí la noche su crespón de duelo
Ni la muerte sus sombra tender pudo;
No hay lucha ni aflicción ni desconsuelo
Sinó paz, alegría y bienandanza.
Brilla perpétua luz allá en el cielo,
En la región de eterna venturanza.
Ni la soberbia con mirar sañudo
Desdeña altiva al mísero indigente,
Ni de la envidia el labio maldiciente
Zahiere calumnioso al que más vale...
Allí la caridad pura y ardiente,
Reina de las virtudes, sobresale,
Como en las noches del Estío, bellas,
Venus entre las nítidas estrellas.

Oh Fe, divina Fe, luz del cristiano!
Tú sola das al corazón que llora
Dulcísimo consuelo,
Porque su llanto enjuga bienhechora
Tu benéfica mano;
Y como puerto de eternal bonanza
Le señalas el cielo,
A do el alma se eleva en raudó vuelo,
En alas del amor y la esperanza!

JUAN FERMIN AYCINENA-

Guatemala, a Noviembre de 1890.

BIBLIOGRAFIA.

- Libros recibidos
—*El caso extaño del Dr. Jekyll*, por Stevenson—Nueva York, 1891.
—*Memoria de Relaciones Exteriores* (Rep. Argentina)—1891.
—*Catilinarias*, por J. Montalvo. (dos entregas). Esta obra que, como dice el prospecto, es *el látigo para los malos gobernantes*, se acaba de editar en Guatemala. Vale á la rústica \$3.50 y empastada \$4.50. Los pedidos deben hacerse á la agencia de *El Motín*, Guatemala, avenida Norte n.º 3.
—*La Escuela Primera de Francia*, por J. B. Zabiur—1801. Estudio interesantísimo, como todo lo que sale de la pluma de este ilustre pedagogo argentino.
—*Apuntes de una vida*, por M. Soto Hall. (Guatemala).

- Periódicos—
Guatemala—
Diario de Centro América—*La Semana*—*La Nación*—*El Partido Liberal*—*El Guatemalteco*—*El Adalid*—*El Porvenir*.
San Salvador—
El correo Nacional—América Central—
El municipio Salvadoreño—*Diario Oficial*—
La Juventud Salvadoreña—*El Repertorio Salvadoreño*—*La Universidad*—*El Institutor*.
Honduras—
La Gaceta—*El Eco Popular*—*La República*—*La Nación*.
Nicaragua—
Diario de la Capital.
—Méjico
Boletín Bibliográfico y Escolar—*Boletín de la Sociedad guanajuatense de Ingenieros*—*La*

Gaceta del Gobierno—*Boletín de la Sociedad "Sánchez Oropesa"*—*La Bandera Veracruzana*—*El Obrero*—*El Hijo del Ahuizote*.

Argentina—
La Educación—*Revista de Educación*—*Boletín Mensual de Relaciones Exteriores*—*Don Quijote*—*Revista Escolar (Rosario)*.

Venezuela—
El Noticiero—*El Fonógrafo*.

Ecuador
El Lábaro—*El Telegrama*—*Revista de la Universidad del Azuay*—*Diario Oficial*.

Chile—
El Mercurio.
Colombia—
El Porvenir (Cartagena)—*Registro de Bolivia*—*Diario Oficial*.

Perú—
El Perú Ilustrado.

París, Agosto de 1891.

Sr. Redactor de "Costa Rica Ilustrada."

San José.

Estimado señor:

Voy á molestar á Ud. por la primera vez, remitiéndole algunas notas acerca de los principales acontecimientos que se suceden en este viejo mundo. No sé si tales apuntes podrán llamarse revista, pero en fin, llámelos Ud. como quiera; que basta con mi buena intención.

Recordando aquí que en esa nuestra patria se ha despertado de pocos días acá un movimiento sin igual en cuanto se refiere á críticas *históricas* y de *gramática parda*, comienzo por suplicar á Ud. se sirva dar una ojeada á estos renglones para que si acaso sufren no sean sólo mis espaldas.

El párrafo anterior es Castelariano y quien quita que por ahí comience mi martirio. "Dios salve al Emperador"... y adelante.

PARÍS.

Pretender hacer una descripción de esta ciudad-reina es inútil, desde luego que sería una pretensión ridícula intentarlo sabiendo que se han escrito millares de volúmenes acerca de sus bellezas, sus miserias y sus crímenes.

No podemos, ni mucho menos, pensar en apreciaciones históricas en vista de que todos sus monumentos son el libro abierto de la vida política de este valiente pueblo; de tal modo que nos limitaremos á dar una escasa reseña de su actualidad.

Según parece, París es más alegre en el invierno. Por el momento su movimiento extraordinario asombra á pesar de que gran número de parisienses y la mayoría de los estudiantes—el alma de este paraíso llamado Barrio Latino en donde vivo—se han ausentado á pasar sus vacaciones en el campo.

Algunos de los establecimientos de recreo se encuentran cerrados al presente, pero eso no obsta para que el parisiense y el extranjero se diviertan. Quedan teatros en mayoría, cafés restaurantes, hipódromos, bailes, conciertos para divertirse en la noche; museos, bibliotecas, etc., etc.

Esta la ciudad propia de los holgazanes y de los trabajadores. Hay multitud de individuos que como en esa y en todas partes pasan el tiempo entregados á la corrupción, otros al trabajo.

Con todo, la miseria es lo que mas consterna, pero es la miseria desprovista de ropaje, la miseria descarnada. Sin embargo hay miserables que parecen no estar hambrientos. El lujo que es el veneno de la sociedad, como dijo no sabemos qué legislador griego, hace que aquí no se distinga un mendigo de un lechuguino.

Con el mismo orgullo quo se pasea por la Avenida de los Campos Elíseos y los grandes boulevardes la dama del vestido de seda bordado con ramas orientales, lo hace la "vieja de los ojos azules" de Zola, cubierta con su negro paño, luto eterno de su juventud y sus placeres.

Todo es relativo: "Libertad, Igualdad, Fraternidad,"

En la presente estación es cuando más afluyen viajeros á París. Se distinguen sobre todo los vecinos del otro lado de la Mancha. Donde más se hacen notar es en los museos que siempre son visitados por grupos de ingleses que pasmados, se quedan, como todo el mundo al contemplar los cuadros Meissonier, Bouguereaux, Carolus Durán, Detaill, Bonatt, Carbanel, Lefevre y tantos otros artistas, cuyo genio inmortal no puede admirarse sin poseerse.

Después de los museos *Nuestra Señora de París* atrae por la construcción monumental y por el inmenso tesoro de su pertenencia. En la portada como en el interior de semejante representación de la piedad cristiana, se hallan gran número de pasajes de la historia sacra y además otras tantas estatuas de arzobispos y personajes que por su importancia han llegado á colocarse allí donde su mérito y la virtud les tienen colocados.

En la sacristía de este templo se hallan curiosidades históricas. Regalos hechos por los Napoleones, las estatuas en plata de San Luis y San Dionisio; y cuadros curiosos de la vida de San Luis etc., etc.

Naturalmente que el lector podrá recurrir á la obra escrita por Víctor Hugo acerca de Nuestra Señora de París y allí podrá hallar todo lo relativo á este suntuoso templo. Ponemos aquí punto á las descripciones, pues no tenemos tiempo ni habilidad para hacerlas, y menos el lector paciencia para leerlas hechas por nuestra tosca pluma.

VISITAS IMPORTANTES.

París está de gala. No solamente simples viajeros y comerciantes visitan esta Babilonia moderna, sino también los soberanos que uno tras otro han ido viniendo á saludar este pueblo representante del siglo.

EL GRAN DUQUE ALEXIS.

Franceses y rusos están unidos de corazón. No hay *rendez vous* en donde no se oiga el himno ruso y la Marsellesa uno tras otro. Los viva á la Rusia son sinceras manifestaciones de la simpatía que las dos naciones imponentes se guardan. Pero hay razón, de la misma manera se han portado los rusos.

La flota francesa que dentro de poco se hallará de nuevo en Cherbourg, ha quedado de seguro muy satisfecha de las ovaciones que a su llegada á Cronstadt, San Peterburgo y Moscow les hicieron los hijos del gran Imperio.

Pocos días después vino á París el gran Duque Alexis, á quien Francia á correspondido con la misma simpatía que Rusia tiene por ella.

Actualmente se halla en Vichy donde se le ha recibido con un entusiasmo sin igual.

El gran Duque Alexis, hermano del Emperador de Rusia, nació en San Petesburgo el año de 1850. En consecuencia actualmente tiene cuarenta y un años.

Es General, ayudante de campo del Emperador, Almirante General de la flota rusa, Jefe de varios regimientos de la guardia de Moscow.

De seguro que estará muy satisfecho de la ovación que se le ha hecho en Vichy y no menos de la que se le hizo á su llegada á París.

A su entrada en Vichy ha sido recibido de una manera que quizá no tiene precedente.

Era tal la multitud que casi impedía el paso del carruaje que lo conducía. Los preparativos habían sido grandiosos y en los arcos de triunfo que estaban unos tras de otros, se veían en profusión banderas rusas y francesas.

El gran Duque avanzaba sonriendo, y siéndole imposible disimular su emoción, respondía con esta sola palabra *!Merci! merci!* á los gritos de *!viva la Rusia! viva el Czar! viva la alianza franco-rusa!* aclamaciones con que le saludaban. Al mismo tiempo un importante cuerpo de músicos ejecutaba el himno ruso y la Marsellesa alternativamente.

El gran Duque fué acogido por la autoridad principal de Vichy quien al recibirlo pronunció las palabras siguientes:

"Las patrióticas aclamaciones que oís, os dicen cuan vivas son nuestras simpatías por Rusia. Ellas os dicen además el precio en que nosotros estimamos su amistad. Recibidlas como el voto más sincero de nuestra parte, por la prosperidad y la dicha de los dos pueblos."

Varios otros discursos se oyeron después y á continuación presentó ante el la señorita Aurelles Paladine un hermosísimo bouquet cuyas flores imitaban los colores de los pabellones ruso y francés, diciéndole:

"Tengo el honor de ofrecer á Vuestra Alteza Imperial, en nombre de las mujeres francesas, estas flores como un testimonio de su respetuosa gratitud por su Magestad el Czar, por la familia imperial de Rusia y por el gran pueblo ruso que en Cronstadt, San Petesburgo y Moscow ha hecho vibrar el alma de la Francia!"

Tales palabras fueron aplaudidas de una manera extraordinaria, en el mismo momento que el gran Duque emocionado contestaba diciendo:

"Señorita, reciban de mi parte las gracias todas las mujeres francesas."

El entusiasmo ha sido indescriptible. Los gritos de viva la Rusia, viva el gran Duque! ¡viva Francia! no cesaron de oírse.

A las 6 p. m. ya habían desfilado todas las sociedades que acudieron al recibimiento.

El gran Duque al ver las manifestaciones de que había sido objeto, no pudo menos que decir á M. de Nilloff, su ayudante de campo:

"Jamás olvidaré la acogida generosa del pueblo francés."

Tal es en miniatura la fiesta verificada recientemente en Vichy.

Con respecto á la manera como se le recibió en París, no decimos nada, puesto que todo lo que decir pudiéramos sería relativamente poco.

Omitimos hablar de la política franco-rusa por que no queremos convertirnos en oráculos de asuntos tan embrollados.

MR. CORBEAU.

¡Mafeno Nieto!

Buscó la luz escondida
en el fondo del arcano,
como nauta soberano
que surca el mar de la vida.
Y con la fe por egida
halló sus alas extrañas
de la ciencia en las entrañas,
y de su ingenio al vigor
se alzó cual se alza el condor,
por cima de las montañas.

Desde la encumbrada esfera
donde su genio vivía
miró al oropel de un día
como á una vana quimera.
En su incesante carrera
fué por la tierra pasando,
luz de las artes tomando,
luz de su luz difundiendo,
ni riquezas pretendiendo
ni falso honor mendigando.

Si caudillos puede haber
entre los que en lucha están,
él fué caudillo y titán
en la lucha del saber.
E hizo al mundo comprender
cuál puede la inteligencia
arma ser, cuya potencia
haga la conquista suya,
pues no hay bala que destruya
lo que construye la ciencia.

Entre sombras peleando,
soldado en toda victoria,
fué los mundos de su gloria
descubriendo y conquistando.
Y del arcano salvando
todas las barreras que halla,
tras una valla otra valla
luchó con valor tan cierto,
que ha sido un soldado muerto
sobre el campo de batalla.....

Bien haya, patria, tu afán
por borrar propios pecados;
¡ya no mueren olvidados
los seres que que honra te dan!
Si hoy nuestros cantos están
lentos de luto y de hiel,

para dar glorias á él
unid vuestro llanto al mío
y el llanto.....será el rocío
de sus hojas de laurel.

NICOLAS TABOADA.

LIRAS ETERNAS.

I.

Las dulces arpas de los bardos celtas
Ya por el musgo envueltas,
Ceñidas de crespón las cuerdas de oro,
Cuelgan del bosque anciano.
Tristes y mudas sin que amiga mano,
Arranque de ellas el raudal sonoro.

II.

Pero siempre en el bosque hay una rama
Que la brisa embalsama
Con el silvestre olor de la magnolia;
Y la oscura arboleda
Con el viento fantástico remeda
La blanda vibración de una arpa colia.

III.

Y si algún soñador vaga y se pierde
Entre la sombra verde
Que incuba el bosque, y mira sorprendido
A las frondas oscuras,
Ve fulgurar un astro en las alturas
Y entre las ramas palpitar un nido.

IV.

Y mira allí que enamorada esposa,
La soledad reposa
Junto al silencio, que ante el arco roto
De torcida caverna,
Tañe en oscura melodía interna
La vibradora flauta de lo ignoto.

V.

Que aunque alcéis á la muerta Poesía
Dolorosa elegía
¡Oh bardos! y del arpa á los bordones
No arranquéis notas bellas
Siempre darán fulgores las estrellas
Siempre darán amor los corazones.

J. RIVAS GROOT.

NOTA.

Publicamos hoy dos de los excelentes grabados que acabamos de recibir. El primero representa el puente de Birris, una de las maravillas de nuestra línea férrea al Atlántico: mide 300 piés de elevación y más de 400 de longitud. En breve publicaremos otra vista del mismo puente en estado de construcción, con un artículo descriptivo.

El segundo grabado representa el soberbio edificio del colegio nacional de Alajuela. Es de dos pisos y ocupa una área de unas 4000 varas cuadradas; tiene salas espaciosas y lujosamente decoradas, claustros y patios grandes para los juegos de los alumnos y material escolar abundante. En una palabra, es un verdadero palacio que demuestra la atención é interés con que nuestra patria atiende á la educación sus de hijos.

*
* *

El Dr. Zambrana está entre nosotros. Al darle la más cordial bienvenida nos hacemos el honor de poner á disposición del ilustre literato las columnas de este periódico.

Tipografía Nacional.